



Bristol *Public Library*

Años setenta. Tardofranquismo. España se incorporaba lentamente a Europa, pero todavía mediaba un abismo entre ellos y nosotros. Recién licenciado marché a Inglaterra, como profesor asistente de español, para perfeccionar el idioma al tiempo que preparaba oposiciones.

Vivía en Bristol, en Morley Square, en una casa barata, helada y destartalada, con una estufa de gas dotada de contador que se tragaba con pasmosa celeridad las monedas de chelín. Cuando constaté que el sueldo se me iba en calefacción salí a buscarme la vida y descubrí la estupenda biblioteca municipal.

Venía acostumbrado a las bibliotecas españolas de entonces: un funcionario a veces amable, otras avinagrado, parapetado tras un mostrador de madera interrumpía su lectura de las páginas deportivas del periódico, al que estaba suscrita la biblioteca, para recibir, con un suspiro resignado, la ficha de consulta que habías rellenado tras buscar la signatura en los ficheros.

En los ficheros: unos archivadores situados en algún rincón mal iluminado y con corrientes de aire. Fichas de cartulina atravesadas por una varilla metálica para evitar que las

transcurriera cierto tiempo so pena de incurrir en las iras del funcionario.

La Biblioteca de Bristol era otro mundo. Aquí la Sala de Lectura y el Depósito ocupaban el mismo ámbito. Había salas y salas de libros, una sucesión de anaqueles y armarios ordenados y, entre ellas, espacios de lectura, mesas enormes con capacidad para diez o quince lectores, cada cual con su luz individual. Uno podía curiosear por las estanterías cuanto quisiera. Uno podía manejar media docena de libros al mismo tiempo, sin problema, uno era tan civilizado que los devolvía puntualmente a su lugar en cuanto los había utilizado.

No había dispositivos antirrobo —entonces—. La biblioteca parecía un ámbito culto en el que no entraban delincuentes. Nadie te registraba la bolsa en la que llevabas tus propios libros. Uno se sentía europeo.

*La biblioteca parecía un
ámbito culto en el que
no entraban delincuentes.
Nadie te registraba la bolsa en la
que llevabas tus propios libros.
Uno se sentía europeo.*

desordenaran. Las más antiguas, escritas con caligrafía del siglo XIX, amarilleaban y estaban renegridas por el borde.

El funcionario se perdía tras la puerta que conducía al depósito, el *sancta sanctorum* de los libros vedado al bibliófilo. Reaparecía al cabo de cierto tiempo, sin prisa, cachazudo, acaso arrastrando los pies, con el libro en la mano o con una media sonrisa cruel: “¡No está!”. “¿Cómo que no está?”. “Lo que le digo: no está o está extraviado”.

Si tenías que consultar media docena de libros, se te iba la mañana. Entre una solicitud y la siguiente, debías dejar que

La Biblioteca de Bristol era el lugar ideal para un investigador. Me había prometido focalizar todos mis esfuerzos en el temario de las oposiciones, aplazando todos mis otros proyectos de creación literaria y de investigación histórica para cuando hubiera aprobado y ascendido, a mi vez, al estatus de funcionario público, la dorada ilusión de los españoles, un sueldo del Estado para toda la vida.

No pude mantener mi promesa. Aquella biblioteca te tentaba continuamente. Al final llegué a un acuerdo conmigo mismo: dos tardes por semana las dedicaría a la investigación. El fruto fue mi primer libro publicado, *La leyenda del lagarto de la Malena y los mitos del dragón*, íntegramente concebido y parido entre aquellos entrañables desfiladeros de estanterías, aquel universo de libros, a la manera borgiana, que un día consideré mi hogar. ■